



PAOLO
BACIGALUPI

CIUDADES
SUMERGIDAS

minotauro

PAOLO BACIGALUPI

CIUDADES SUMERGIDAS

minotauro

Ship breaker. Ciudades Sumergidas

Título original: *The drowned cities*

Copyright © 2012, Paolo Bacigalupi

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U. S. A.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kithen
Revisión: Balloon Comunicación
Traducción: © Ariadna Cruz, 2024

ISBN: 978-84-450-1837-8
Depósito legal: B. 11.721-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

El ruido metálico de las cadenas resonaba en la lobreguez de las celdas.

El hedor a orina de las letrinas y el miasma del sudor y el miedo se entremezclaban con el tufillo dulce de la paja podrida. El agua goteaba y se escurría por las antiguas obras de mármol, ennegreciendo y cubriendo de musgo y algas lo que antaño había sido fino y refinado.

Humedad y calor. El olor distante del mar, un aroma cruel y desolador que recordaba a los prisioneros que nunca volverían a disfrutar de su libertad. De vez en cuando, algún preso, un cristiano de Aguas Profundas o un devoto del Santo de la Herrumbre, rezaba a voz en grito, pero la mayoría se limitaba a esperar en silencio, ahorrando energías.

El traqueteo de las puertas exteriores les indicó que alguien se acercaba. Luego, el golpeteo de muchos pies.

Algunos reclusos levantaron la vista, sorprendidos. El ruido no se correspondía con el estampido de una multitud ni con el griterío de soldados sedientos de sangre. Y, sin embargo, la puerta de la prisión se estaba abriendo. Todo un enigma. Aguardaron en silencio, esperando que aquel enigma no tuviera nada que ver con ellos, esperando poder sobrevivir un día más.

Los guardias acudieron en grupo, apoyándose los unos a los otros para poder armarse de valor, instándose a avanzar conforme se abrían paso a empujones por el estrecho pasillo hasta llegar a la última celda herrumbrosa. Varios

de ellos llevaban pistolas. Otro llevaba un bastón eléctrico que chisporroteaba y crepitaba en la oscuridad, una herramienta de adiestrador, aunque no parecía ducho en su manejo.

Todos hedían a terror.

El carcelero echó un vistazo entre los barrotes. No era más que otro calabozo sombrío y sofocante cubierto de paja y moho, pero, en el rincón más alejado, había algo más. Una sombra enorme, agazapada en el suelo.

—Arriba, cara perro —dijo el carcelero—. Te buscan.

La montaña de sombras no reaccionó.

—¡Levántate! —insistió.

La figura siguió sin inmutarse. En la celda vecina se oyó una tos húmeda, un estertor cargado de tuberculosis.

—Está muerto —musitó uno de los guardias—. Por fin. Tiene que estarlo.

—No. Estas cosas nunca mueren. —El carcelero sacó el bastón y lo hizo sonar contra los barrotes de hierro—. Levántate en este instante, o será peor para ti. Te daremos algunas descargas, a ver si te gusta.

La criatura del rincón no daba muestras de escucharlo. Ni señales de vida. Esperaron. Pasaron varios minutos, luego varios más.

Finalmente, otro guardia dijo:

—No respira. Nada de nada.

—Ha estirado la pata —añadió otro—. Al final las panteras hicieron su trabajo.

—Pues sí que ha tardado.

—Perdí cien chinos rojos por su culpa. Cuando el coronel dijo que se enfrentaría a seis panteras de Florida... —El hombre sacudió la cabeza con pesar—. Debería haber sido dinero fácil.

—Nunca has visto cómo pelean estos monstruos en el norte, en la frontera.

—Si lo hubiera hecho, habría apostado por el cara perro. Todos se quedaron mirando la mole inerte.

—Bueno, ahora es carne de gusanos —declaró el primer guardia—. Al coronel no le alegrará oírlo. Dame las llaves.

—No —carraspeó el carcelero—. No te lo creas. Estos perros son engendros del demonio. Es el comienzo de la purga. San Olmos vaticinó su llegada. No se extinguirán hasta el diluvio final.

—Dame las llaves, anciano.

—No os acerquéis a él.

El guardia lo miró con asco.

—No es ningún demonio. No es más que carne y hueso, como nosotros, por mucho que sea un aumentado. Si lo hieres y le disparas lo suficiente, también muere. No es más inmortal que los niños soldado que luchan para el Ejército de Dios. Avisa a los Recolectores, a ver si están interesados en sus órganos. Podemos venderles la sangre, al menos. Los aumentados tienen la sangre limpia.

Introdujo la llave en la cerradura. La rejilla de acero reforzado chirrió al abrirse; un complejo entramado diseñado especialmente para contener a aquel monstruo. Luego pasó a otro juego de cerraduras que desbloqueaban los barrotes oxidados originales, que habrían sido lo bastante resistentes para un hombre normal y corriente, pero insuficientes para refrenar a aquella temible amalgama de ciencia y guerra.

La puerta rechinó al deslizarse hacia atrás.

El guardia se dirigió a donde estaba el cadáver. Muy a su pesar, sintió que la piel se le erizaba de miedo. Incluso muerta, la criatura infundía un gran terror. El guardia había visto cómo aquellos enormes puños aplastaban el cráneo de un hombre hasta convertirlo en una masa de sangre y fragmentos de hueso. Había visto al monstruo dar un salto de seis metros para hundir los colmillos en la yugular de una pantera.

Yacía muerto hecho un ovillo, pero seguía siendo inmenso. En vida, había sido un gigante que se erguía sobre todos los demás, pero no era su tamaño lo que lo había hecho tan letal. Por sus venas corría la sangre de una docena de depredadores, un cóctel mortífero de ADN: tigres, perros, hienas y... sabrían las Parcas qué más. Una criatura perfecta, creada de principio a fin con el propósito de cazar, combatir y matar.

Aunque caminaba como un hombre, cuando enseñaba los dientes, lo que asomaba eran los colmillos de un tigre;

cuando aguzaba el oído, las que escuchaban eran las orejas de un chacal; y cuando aspiraba aire, la que olfateaba era la nariz de un sabueso. El soldado lo había visto luchar en el *ring* suficientes veces como para saber que preferiría enfrentarse a una docena de hombres armados con machetes que a esta vorágine de matanza.

El guardia se acercó y se lo quedó mirando un buen rato. Ni un respiro. Ningún atisbo de movimiento o indicio de vida. Su rostro perruno, antes fuerte, vital y mortal, ahora no era más que un saco de carne para los Recolectores.

Muerto al fin.

El hombre se arrodilló y pasó la mano por el pelaje corto del monstruo.

—Lástima. Eras una máquina de hacer dinero. Me habría gustado verte luchar contra el loboyote que te teníamos preparado. Habría sido un combate digno de ver.

Un ojo dorado y lleno de malevolencia brilló en la penumbra.

—Una verdadera lástima —gruñó el monstruo.

—¡Sal de ahí! —gritó el carcelero, pero ya era demasiado tarde.

La sombra se convirtió en un borrón de movimiento. El guardia impactó con violencia contra la pared y se desplomó en el suelo como un saco de barro.

—¡Cerrad la puerta!

El monstruo dejó escapar un rugido y los barrotes se cerraron con estrépito. El carcelero intentó volver a cerrar la celda frenéticamente, pero retrocedió de un salto cuando la criatura se arrojó contra la reja, gruñendo y mostrando los colmillos de tigre.

Las barras de hierro se doblaron. Los guardias sacaron las picanas eléctricas que llevaban colgadas del cinturón. Una lluvia de chispas azules cayó sobre la criatura y los barrotes mientras la golpeaban, intentando mantenerla alejada mientras el carcelero se afanaba por cerrar la segunda puerta reforzada. Los hombres, asesinos experimentados todos ellos, empezaron a buscar las pistolas a tientas, aterrorizados por el rugido del monstruo. Cuando la criatura volvió a

arremeter contra los barrotes, el hierro oxidado se resquebrajó y se dobló.

—¡No aguantará! ¡Corred!

Pero el carcelero se mantuvo firme mientras volvía a echarle la llave a las cerraduras de la rejilla más resistente.

—¡Ya casi está!

El híbrido arrancó una barra oxidada de la estructura y la enarboló por el hueco. El hierro impactó contra el cráneo del carcelero, que se desplomó en el suelo. Los otros guardias echaron a correr, huyendo a trompicones por el pasillo mientras gritaban pidiendo ayuda.

La criatura arrancó varias barras más de forma metódica. Para entonces, los demás prisioneros no dejaban de vocear, pidiéndole ayuda y clemencia a gritos. El eco de sus alaridos resonó por todo el recinto como un coro de pájaros atrapados.

La primera capa de barrotes cedió por fin, dando acceso al monstruo a la segunda reja. Intentó abrirla. Cerrada. La criatura dejó escapar un gruñido, se agachó y metió un enorme puño entre los barrotes, intentando alcanzar el pie del carcelero. Acercó al hombre a rastras.

Un instante después, la llave estaba en la mano del híbrido y luego en la cerradura. Se abrió con un clic. La puerta se deslizó hacia un lado con un chirrido.

Con la barra de hierro de su prisión en la mano, la criatura llamada Tool atravesó cojeando el bloque de celdas hasta las escaleras y ascendió hacia la luz.

2

Tool recorrió decenas de kilómetros. No solo era algo para lo que estaba hecho, sino que, incluso estando herido, se movía a una velocidad que habría agotado a un ser humano en cuestión de minutos. Vadeó canales llenos de algas y renqueó por campos de alubias y arrozales empapados. Se cruzó con agricultores ataviados con grandes sombreros que, al divisarlo, interrumpían su fatigosa labor y huían despavoridos. Fue en círculos y volvió sobre sus pasos entre edificios destrozados por las bombas, entremezclando su rastro con otros olores. Siempre alejándose de las Ciudades Sumergidas, siempre perseguido por los soldados.

Al principio, había confiado en que sus perseguidores se darían por vencidos. El coronel Glenn Stern y su ejército de patriotas tenían enemigos más que suficientes para mantenerlos ocupados, puesto que las Ciudades Sumergidas estaban atestadas de facciones combatientes que vivían enzarzadas en una lucha perpetua. Un simple aumentado a la fuga no debería meritarse la atención del coronel. Pero entonces las panteras le habían dado alcance, prueba de que Stern no estaba dispuesto a dejar escapar a su preciado monstruo de pelea así como así.

Tool siguió avanzando, ignorando el dolor agonizante que se había apoderado de su cuerpo. ¿Qué importaba que se hubiera dislocado el hombro durante su acometida salvaje contra los barrotes? ¿Qué más daba que las panteras le hubieran desgarrado la espalda? ¿O que solo viera por un ojo? Estaba

vivo y era libre. Además, había sido adiestrado para ignorar el dolor.

Era una sensación que no le infundía temor alguno. El dolor era, si no un amigo, una familia para él, algo con lo que había convivido desde su nacimiento, aprendiendo a respetarlo, sin dejarse doblegar nunca por él. No era más que un mensaje que le hacía saber qué extremidades podía seguir utilizando para masacrar a sus enemigos, cuánto más podía seguir corriendo o cuáles eran sus posibilidades en la siguiente batalla.

Detrás de él, los sabuesos aullaron al encontrar su rastro.

Tool gruñó irritado, enseñando los dientes de manera inconsciente al oír cómo sus congéneres pedían su sangre.

Los sabuesos eran asesinos perfectos, igual que él. Se entregaban sin miramientos a la lucha, peleando una y otra vez hasta que los hacían pedazos, y morían satisfechos, sabedores de que habían cumplido con su deber para con sus amos. Gracias a su naturaleza perruna, integrada por diseño científico en sus genes, Tool conocía bien sus impulsos cánicos. No se detendrían hasta morir, o hasta que él hubiera muerto.

No los culpaba. En otro tiempo, él también había sido leal y obediente.

Al alcanzar la espesura de la selva, Tool se sumergió en sus sombras y empezó a abrirse paso entre la maraña de lianas. Se movía como un elefante entre la vegetación, embistiendo todo lo que se encontraba a su paso. Sabía que estaba dejando un rastro que hasta el más estúpido de los humanos podría seguir, pero, en aquel momento, era lo único que podía hacer para seguir avanzando.

Bien alimentado y con todas las extremidades funcionales, podría haber forzado a aquel triste grupo de perros y soldados a perseguirlo durante días, volver sobre sus pasos e irlos eliminando uno a uno en la selva, diezmando a sabuesos y humanos por igual hasta convertirlos en una tribu de criaturas temerosas agazapadas en torno a una hoguera solitaria. Ahora, sin embargo, dudaba que pudiera matar a más de unos cuantos. Peor aún, después de su última

emboscada, el enemigo se había vuelto más precavido. Ahora eran conscientes de la facilidad con la que podían partirse los huesos.

Tool se detuvo, resollando, con la lengua fuera de la boca y el pecho agitado. Olfateó el aire húmedo.

Una brisa salobre.

El mar.

En algún lugar al norte había una ensenada. Si lograba llegar al mar, podría escapar de ellos, podría sumergirse en el océano y volverse uno con el mundo marino. Podría nadar. Sería doloroso, pero podía hacerlo.

Se dirigió al norte y al este, empujado por la fuerza de su voluntad. Detrás de él, los perros seguían su rastro.

Casi le entraron ganas de reírse. Eran tan buenos perros que muchos de ellos acabarían muriendo. Tool, en cambio, era un perro muy malo. Sus amos se lo habían dicho muchas veces mientras lo golpeaban, lo adiestraban y modelaban su voluntad para hacerla encajar con la de ellos. Lo habían convertido en un asesino y luego lo habían integrado en la máquina de matar que había sido su manada. Un pelotón de matanza. Durante un tiempo, había sido un perro bueno y obediente.

Pelotón. Manada. Compañía. Batallón. Tool recordó el Estandarte Rojo del general Caroa, ondeando al viento sobre su campamento en el delta de Calcuta cuando la Guardia del Tigre se les echó encima.

Perro malo.

Tool había sido un perro tan malo que seguía con vida. Debería haber muerto en aquellas marismas fangosas de las afueras de Calcuta, donde las aguas del río Ganges se fundían con el calor del océano Índico, donde la sangre y los cadáveres flotaban entre olas saladas tan rojas como la bandera del general Caroa. Debería haber muerto en algún conflicto bélico en costas extranjeras. Debería haber muerto mil veces. Y, sin embargo, siempre había sobrevivido para luchar otro día.

Se detuvo, jadeando y con el pecho agitado, y escrutó la maraña del bosque. Unas mariposas iridiscentes revoloteaban entre los rayos del sol vespertino. Conforme caía la

noche, el dosel del bosque se iba ennegreciendo, desdibujando el contorno de las hojas esmeralda. «El trópico negro», lo llamaban algunos, por la oscuridad de sus inviernos. Un entorno húmedo y sofocante en el que las pitones, las panteras y los loboyotes merodeaban a su antojo. Asesinos todos ellos. A Tool le molestaba saberse una presa, más aún cuando seguía debilitándose.

Los guardias llevaban semanas matándolo de hambre y, para mayor escarnio, sus heridas, para las que no había recibido tratamiento alguno, habían empezado a supurar. En aquel momento, su formidable sistema inmunológico era lo único que le permitía mantenerse en pie. Cualquier otra criatura habría sucumbido hacía semanas a la superbacteria que le recorría las venas y rezumaba por sus heridas, pero se le agotaba el tiempo.

En la época en que había sido un buen perro, un perro con dueño, un perro leal, sus amos habrían suturado y tratado heridas como esas. El general Caroa se habría esforzado por cuidar su inversión en batalla y le habría brindado atención traumatológica a fin de que volviera a convertirse en la apoteosis de la masacre cuanto antes. Los buenos perros tenían amos, y los amos mantenían a los perros buenos a su lado.

Tras él, los sabuesos volvieron a aullar. Más cerca esta vez.

Tool siguió avanzando a trompicones, contando los pasos que le faltaban para claudicar, sabedor de que la huida era inútil. Una ofensiva final, entonces. Una última batalla. Al menos podría decir que había luchado. Cuando se encontrara con sus hermanos y hermanas en el otro lado de la muerte, podría decirles que no se había rendido. Puede que hubiese traicionado todo aquello para lo que habían sido engendrados, pero nunca se había doblegado...

De repente, unos pantanos salinos aparecieron ante él. Tool se metió en el agua. Varias serpientes gigantescas se escabulleron entre las ondas; pitones y bocas de algodón que advirtieron su presencia y decidieron que no querían tener nada que ver con una criatura como él. Siguió vadeando hasta que, de pronto, se encontró a una tentadora e inesperada profundidad. Los pantanos eran bastante hondos, de muchos

metros de calado. Una grata sorpresa. En un paraje como ese tenía que haber sumideros de agua.

Tool dejó escapar un suspiro y se sumergió en la marisma, sintiendo cómo empezaban a formarse burbujas a su alrededor.

Se hundió un poco más.

Las aberturas de sus fosas nasales se contrajeron para retener el aire en su interior. Una membrana translúcida se extendió por el iris del ojo que le quedaba para proteger su visión mientras se sumía en las profundidades del pantano entre cangrejos y raíces de mangle.

«Que me den caza ahora».

En la superficie, los soldados se aproximaban. Se oían voces de hombres y de otros más jóvenes. Algunos de ellos eran tan pequeños que Tool podría haberlos devorado en un día, pero todos estaban armados y exaltados por la adrenalina de la caza. Gritaban y se llamaban entre sí mientras sus voces se entremezclaban con los ladridos y el estampido de los sabuesos, y todo ello se filtraba a través del agua hasta los atentos oídos de Tool.

Oyó un fuerte chapoteo en los bajíos. Los perros nadaban de un lado a otro, pataleando por encima de él mientras aullaban confundidos, intentando volver a encontrar su rastro. Los veía allí arriba, agitando las patas sin descanso. Podría nadar hacia la superficie e ir tirando de ellos hacia abajo uno por uno...

Tool resistió el impulso de cazar.

—¿Dónde diablos se ha metido?

—¡Shh! ¿Oyes algo?

—¡Haz callar a tus perros, Clay!

Se hizo el silencio. Al menos todo el silencio que eran capaces de guardar los patéticos seres humanos y los perros. Incluso a través del agua, Tool podía oír cómo se esforzaban por respirar con sigilo. Era evidente que seguían intentando darle caza, por infantiles que fueran sus métodos.

—No hay rastro —murmuró uno de ellos al tiempo que se oían unas pisadas entre la hierba—. Avisa al teniente, dile que hemos perdido el rastro.

Tool podía imaginárselos a todos en los límites del pantano mientras contemplaban las aguas negras. Prestando atención a los zumbidos y los arañazos de los insectos y al aullido lejano de alguna pantera salvaje.

Eran cazadores, pero, ahora, a medida que la noche se cernía sobre ellos y que el pantano, caliente y cercano, se teñía de negro, estaban pasando a ser los cazados.

Tool volvió a reprimir el impulso de atacar. Debía seguir pensando como una presa, no como un depredador, y aprovechar los fallos de sus perseguidores. Si ralentizaba su ritmo cardíaco y relajaba su cuerpo para apenas consumir oxígeno, podía permanecer sumergido hasta veinte minutos.

Si no hacía ningún esfuerzo, podría aguantar incluso más tiempo, pero, como mínimo, contaba con esos veinte minutos. Lo sabía a ciencia cierta, igual que sabía que podía correr ocho kilómetros sin descanso por los desfiladeros del Tíbet, o tres días seguidos por las arenas abrasadoras del Sáhara norteafricano.

Empezó a contar despacio.

Los sabuesos chapoteaban y daban vueltas mientras los soldados intentaban decidir qué hacer.

—¿Crees que habrá vuelto sobre sus pasos?

—Puede ser. Es astuto. Que Ocho se lleve un grupo...

—Ocho está hecho polvo.

—¡Van y Soa, entonces! Regresad por el sendero. Desplegaos.

—¿En la oscuridad?

—¿Me estás cuestionando, Guty?

—¿Dónde diablos está el teniente?

Una mezcla de ondas y burbujas del pantano llegaban a los atentos oídos de Tool, que dejó que se dispersaran y abarcaran el agua. Escuchando.

El aleteo de los diminutos lucios. El golpeteo de los cangrejos. El chapoteo lejano del agua salada al fundirse con las aguas de la orilla, donde las tierras pantanosas y las olas confluían y alcanzaban líneas de marea cada vez más altas.

—Intentará llegar al océano —dijo uno de los soldados—. Deberíamos apostar otro escuadrón en el lado norte.

—No, se esconderá aquí, en los pantanos. Se quedará aquí, donde está relativamente seguro.

—A lo mejor los loboyotes acaban con él.

—No creo. Ya viste lo que les hizo a esas panteras en el *ring*.

—Aquí fuera hay muchos más loboyotes.

En las profundidades, algo oscuro y hambriento se movió.

Tool se sobresaltó, pero enseguida volvió a quedarse inmóvil.

Un monstruo se deslizaba por el agua, inmenso y silencioso, una sombra mortífera. Tool ahogó un gruñido al verlo pasar, esforzándose por mantener el ritmo de su corazón lo más lento posible, luchando por conservar su preciado oxígeno. Por su lado serpentearon varios metros de piel curtida, todo un rey de los reptiles. La criatura era más grande incluso que los dragones de Komodo de mayor tamaño que habitaban el ecuador. Un caimán horrendo y descomunal, con una cola y unas patas que se movían con agilidad y lo impulsaban a través de las aguas oscuras con una gracia depredadora.

Daba vueltas en círculo, atraído por el frenesí de los sabuesos y sus estúpidos chapoteos.

El primer perro se hundió antes de poder aullar; el siguiente, en un abrir y cerrar de ojos. El agua se tiñó de rojo.

Los soldados gritaron y abrieron fuego. Armas automáticas. Escopetas. proyectiles cargados de miedo con los que acribillaron el agua.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo!

Un impacto pesado. Un dolor agudo floreció en el hombro de Tool. Se estremeció ante semejante mala suerte, pero se mantuvo inmóvil. No era la primera vez que le disparaban, y tampoco era la peor. La bala le había penetrado la carne. Podía sobrevivir a la herida.

—¡No es el cara perro! ¡Es un maldito caimán! —Los hombres descargaron otra ráfaga de disparos furiosos en el agua y les silbaron a los sabuesos para que regresaran—. ¡Venid aquí!

La sangre manaba del hombro de Tool. Apretó el puño contra la herida, tratando de detener el flujo. A estas alturas,

había suficiente sangre en el agua como para que la suya no fuera la carnaza que habría sido unos minutos antes, pero olía a enfermedad.

Los soldados permanecieron en la orilla del estanque, abriendo fuego contra todo lo que se movía a la vez que maldecían al caimán. El monstruo describía círculos en el agua, devorando los últimos restos de los sabuesos, impasible ante la impotencia de los hombres de la superficie.

Tool observó a la criatura mientras añadía aquella nueva variable a la ecuación de su supervivencia. No sentía ningún tipo de hermandad con la bestia. Si los reptiles formaban parte de la composición genética de su sangre, debían de encontrarse muy arraigados en las hélices de su ADN. Aquella criatura no era más que un enemigo.

Arriba, las voces de los soldados se apagaron por fin. Habían ido a buscar a su presa a otra parte.

Atrapado y sumido en una oscuridad cada vez más densa, Tool siguió estudiando al caimán. Si se movía, el monstruo se percataría de su presencia, pero sentía que los pulmones empezaban a arderle, pidiéndole oxígeno.

Apretó la mandíbula y esperó con la esperanza de que el caimán decidiera alejarse.

En lugar de eso, el lagarto gigante se hundió hasta el fondo del pantano, saciado.

Tool sopesó sus opciones. Si se daba prisa, podría salir del agua a tiempo, pero tendría que ser muy rápido. Sabía que tenía un margen de doscientas pulsaciones de aire antes de debilitarse demasiado para luchar. La sangre le palpitaba en los oídos, marcando la cuenta atrás de su muerte. Podía ralentizar los latidos de su corazón, pero no detenerlo.

Extendió un brazo y se aferró a una gruesa raíz de mangle, preparándose para impulsarse hacia arriba.

El caimán se revolvió de repente. Tool había estado a punto de patear hacia la superficie, pero ahora, si se soltaba y se quedaba flotando sin más, sería presa fácil. La criatura se abalanzó hacia él, con la insaciable boca dentada abierta. Tool utilizó las raíces para apartarse de su camino. Los dientes chasquearon con fuerza, pero sin éxito.

El reptil dio la vuelta y golpeó al híbrido con la cola, haciendo que se estrellara contra las raíces de mangle. La sangre inundó su campo visual. Cuando el caimán se dispuso a atacar de nuevo, Tool tanteó a su alrededor en busca de un arma. Tiró con fuerza de las raíces del manglar, pero solo logró arrancar un trozo pequeño de madera.

Las fauces del monstruo se abrieron de par en par. Un gran abismo.

Tool se lanzó hacia el reptil con el trozo de raíz astillada apretado en el puño. Con un rugido silencioso, estrelló el puño contra el paladar de la criatura. Las fauces del caimán se cerraron de golpe y aplastaron el hombro del híbrido con los dientes, perforándole la carne. Un dolor fulgurante.

El monstruo se revolvió y se zambulló, arrastrándolo con él. La criatura sabía por instinto que lo único que necesitaba hacer era privar de oxígeno a su víctima. Había nacido para esta lucha y, en sus décadas de vida, ningún oponente lo había superado. Acabaría ahogando a su presa, como lo había hecho con tantas otras bestias incautas, y luego se daría un festín.

Tool forcejeó, intentando obligar al reptil a abrir la boca, pero ni siquiera la tremenda fuerza del híbrido era rival para la mordida del caimán. Los dientes le apretaban el hombro como un cepo. El monstruo se revolvió de nuevo y lo estampó contra el lodo, presionándolo contra el suelo.

El pánico empezó a apoderarse de Tool. Se estaba ahogando. Apenas podía contener el impulso de respirar agua. Volvió a intentar abrir las fauces del lagarto, consciente de que era inútil, pero incapaz de darse por vencido.

«El reptil no es tu enemigo. No es más que una bestia. Eres mejor que él».

Una divagación absurda y un pequeño consuelo a la vez: morir asesinado por una criatura que tenía el cerebro del tamaño de una nuez. Tool enseñó los dientes en un rictus de desdén mientras el caimán lo arrastraba entre más maleza y lodo.

«Esta bestia estúpida no es tu enemigo».

Tool no era un animal salvaje, una criatura que solo podía pensar en términos de lucha o huida. Era mejor que eso. No

había sobrevivido tanto tiempo pensando como un animal. El pánico y el sinsentido eran sus únicos enemigos, como siempre. Ni las balas, ni los dientes, ni los machetes, ni las garras. Tampoco las bombas, ni los látigos, ni el alambre de púas.

Mucho menos esta bestia estúpida. Solo el pánico.

Nunca lograría zafarse de las mandíbulas del caimán. Eran un cepo perfecto, una articulación que había evolucionado para cerrarse y no aflojarse nunca. Nadie podía escapar de la mordedura de un caimán, ni siquiera alguien con la fuerza de Tool. Así que no seguiría intentándolo.

En lugar de eso, el híbrido rodeó la cabeza de la bestia con el brazo que le quedaba libre, se abrazó a él como un oso y apretó. La presión obligó al caimán a tensar la mandíbula en torno al brazo y el hombro de Tool. Los dientes se le clavaron más profundamente en la piel. Su sangre volvió a enturbiar el agua.

Tal vez, en los oscuros recovecos de su cerebro diminuto, el caimán se alegrara de haber hincado el diente aún más en la carne de su enemigo. Ahora, sin embargo, el otro brazo de Tool, el que había quedado atrapado en las fauces del monstruo, podía moverse con total libertad. No desde fuera, sino desde dentro.

El híbrido giró el trozo astillado de raíz de mangle y empezó a clavarlo de forma metódica en el paladar del reptil, rasgando la carne, hundiendo la madera cada vez más.

El caimán, presintiendo que algo iba mal y notando cómo se desgarraba por dentro, intentó abrir las fauces, pero Tool, en lugar de soltarlo, sujetó al monstruo con más fuerza.

«No huyas —pensó—. Te tengo donde quería».

La sangre seguía manando del hombro del híbrido, pero la furia de la batalla lo espoleaba. Tenía ventaja. Quizá estuviera quedándose sin aire y sin vida, pero ahora aquel reptil ancestral era suyo. La mordedura del caimán era mortal, pero también tenía una debilidad: carecía de fuerza muscular para abrir la boca con facilidad.

Cuando la raíz de mangle se hizo añicos, Tool continuó el asalto con las garras, ahondando cada vez más en la herida.

El caimán se revolvió enloquecido, intentando liberarse. Sus décadas de matanzas simples no lo habían preparado para enfrentar a una criatura como Tool, un ser más primitivo y aterrador incluso que él mismo. Se retorció y se revolcó por el lodo, sacudiéndolo como un perro sacude a una rata. Tool vio las estrellas, pero se aferró con fuerza y siguió ahondando. Se quedó sin aire. Su puño por fin dio con el hueso.

Con una última acometida, atravesó el cráneo del lagarto con las zarpas y le atravesó el cerebro.

El monstruo empezó a estremecerse y a morir.

¿Comprendía que había estado en desventaja en todo momento? ¿Qué estaba muriendo porque nunca había tenido que evolucionar para hacer frente a una criatura como Tool?

El puño del híbrido hizo papilla el cerebro del lagarto.

La vida del gigantesco reptil se apagó, víctima de un monstruo que nunca debería haber existido, de un ser dotado de una perfección impía para matar, creado en un laboratorio y perfeccionado en mil campos de batalla.

Tool arrancó con las garras lo que quedaba del cerebro de aquel lagarto ancestral y, un instante después, la criatura quedó inerte.

Una oleada de satisfacción primitiva lo invadió en cuanto su oponente se entregó a la muerte. Cuando la oscuridad empezó a nublarle la visión, lo dejó ir.

Había vencido.

Aun estando al borde de la muerte, había vencido.